

don Juan Manuel

(España, 1335, siglo XIV)

- p. 147 * “Lo que sucedió a un rey con los pícaros que hicieron la tela”
 p. 152 * “La respuesta que dio el conde Fernán González a sus gentes después de vencer la batalla de Hacinas”
 p. 154 * “Lo que sucedió a un hombre que iba cargado de piedras preciosas y se ahogó en un río”

- p. 35 ⁽¹⁾ *El conde Lucanor*
 Exemplo XXXV, “De lo que aconteció a un mancebo que casó con una mujer muy fuerte y muy brava”

Emilia Pardo Bazán

(Galicia, España, 1923)

- p. 355 ⁽⁹⁾ “Las Medias Rojas”

Horacio Quiroga

(Argentina, 1928)

- p. 361 ⁽¹⁵⁾ “El hijo”

Tomás Rivera

(Estados Unidos, 1971)

- p. 601 ⁽²⁴⁾ “...y no se lo tragó la tierra”
 p. 606 ⁽²⁴⁾ “La noche buena”

EL CONDE LUCANOR.
 Compuesto por el excelentísimo príncipe
 don Juan Manuel, hijo del Infante don Manuel,
 y nieto del santo rey don Fernando.

Dirigido

Por Gonçalo de Argote y de Molina, al muy Illustre señor
 DON PEDRO MANVEL
 Gentil hombre de la Camara de su Ma-
 gestad, y de su Consejo.



Impreso en Sevilla, en casa de Hernando
 Diaz. Año de 1575.

CON PRIVILEGIO REAL.

El conde Lucanor

EL INFANTE DON JUAN MANUEL

Se considera que el género novelesco nace, no sólo en España, sino en toda Europa, con El conde Lucanor, también conocido como Libro de Patronio (1335). El infante don Juan Manuel (1282–1348) fue sobrino del ilustre rey de Castilla Alfonso X el Sabio, que durante su reinado emprendió una obra monumental de sistematización del saber jurídico, histórico y lingüístico castellano. Ambicioso, don Juan Manuel vivió una vida de maniobras políticas. Figuró en disputas por el trono de Castilla después de la muerte de su tío. Combatió y venció a los moros de Málaga, pero no vaciló en formar alianzas con los moros de Granada para mejorar su posición política. En medio de todo, creó una abundante obra literaria que le confirmó indiscutiblemente como el mejor prosista de su tiempo.

El conde Lucanor es una colección de cuentos ligados por la continuidad de sus dos protagonistas. Móvil de cada cuento es una duda que el joven e inexperto conde le presenta a su viejo maestro y consejero Patronio. Éste le enseña la adecuada solución, refiriéndole un «ejemplo», término utilizado desde la Antigüedad para significar una historia insertada a manera de testimonio. Don Juan Manuel extrajo de las tradiciones orientales—árabes, y anteriores a éstas, las de Persia y de la India—muchos cuentos de El conde Lucanor, libro que escribió en su fortaleza sobre la Hoz de Alarcón. El siguiente ejemplo pide comparación con la comedia de William Shakespeare La fierecilla domada.

El conde Lucanor

Con la obra de Don Juan Manuel, aparecida a mediados del siglo XIV, cristalizan definitivamente los tímidos intentos del siglo anterior sobre este género literario, en el que confluyen la orientación didáctico-moral y su forma narrativa. Los cincuenta cuentos de que consta este compendio mantienen una estructura uniforme: al diálogo previo y fluido entre el conde y su ayo Patronio sigue un ejemplo didáctico y da fin la historia con una moraleja en forma de pareado. El autor recrea libremente anécdotas de otros ejemplarios, consiguiendo una simbiosis entre las tradiciones de cuentos y de sentencias medievales.

Lo que sucedió a un rey con los pícaros que hicieron la tela

Una vez el conde Lucanor le dijo a Patronio, su consejero:

—Patronio, un hombre me ha venido a proponer una cosa muy importante y que dice me conviene mucho, pero me pide que no lo diga a ninguna persona por confianza que me inspire, y me encarece tanto el secreto, que me asegura que si lo digo toda mi hacienda y hasta mi vida estarán en peligro. Como sé que nadie os podrá decir nada sin que os deis cuenta si es verdad o no, os ruego me digáis lo que os parece esto.

—Señor conde Lucanor —respondió Patronio—, para que veáis lo que, según mi parecer, os conviene más, me gustaría que supierais lo que sucedió a un rey con tres granujas⁹⁹ que fueron a estafarle.

El conde le preguntó qué le había pasado.

⁹⁹ *granujas*: muchachos vagabundos, pillos.

—Señor conde Lucanor—dijo Patronio—, tres pícaros¹⁰⁰ fueron a un rey y le dijeron que sabían hacer telas muy hermosas y que especialmente hacían una tela que sólo podía ser vista por el que fuera hijo del padre que le atribuían, pero que no podía verla el que no lo fuera. Al rey agradó esto mucho, esperando que por tal medio podría saber quiénes eran hijos de los que aparecían como sus padres y quiénes no, y de este modo aumentar sus bienes, ya que los moros no heredan si no son verdaderamente hijos de sus padres; a los que no tienen hijos los hereda el rey. Éste les dio un salón para hacer la tela.

Dijéronle ellos que para que se viera que no había engaño podía encerrarlos en aquel salón hasta que la tela estuviese acabada. Esto también agradó mucho al rey, que los encerró en el salón, habiéndoles antes dado todo el oro, plata, seda y dinero que necesitaban para hacer la tela.

Ellos pusieron su taller y hacían como si se pasaran el tiempo tejiendo. A los pocos días fue uno de ellos a decir al rey que ya habían empezado la tela y que estaba saliendo hermosísima; díjole también con qué labores y dibujos la fabricaban, y le pidió que la fuera a ver, rogándole, sin embargo, que fuese solo. Al rey le pareció muy bien todo ello.

Queriendo hacer antes la prueba con otro, mandó el rey a uno de sus servidores para que la viese, pero sin pedirle le dijera luego la verdad. Cuando el servidor habló con los pícaros y oyó contar el misterio que tenía la tela, no se atrevió a decirle al rey que no la había visto. Después mandó el rey a otro, que también aseguró haber visto la tela. Ha-

biendo oído decir a todos los que había enviado que la habían visto, fue el rey a verla. Cuando entró en el salón vio que los tres pícaros se movían como si tejieran y que le decían: «Ved esta labor. Mirad esta historia. Observad el dibujo y la variedad que hay en los colores.» Aunque todos estaban de acuerdo en lo que decían, la verdad es que no tenían nada. Al no ver el rey nada y oír, sin embargo, describir una tela que otros habían visto, se tuvo por muerto, porque creyó que esto le pasaba por no ser hijo del rey, su padre, y temió que, si lo dijera, perdería el reino. Por lo cual empezó a alabar la tela y se fijó muy bien en las descripciones de los tejedores. Cuando volvió a su cámara¹⁰¹ refirió a sus cortesanos lo buena y hermosa que era aquella tela y aun les pintó su dibujo y colores, ocultando así la sospecha que había concebido.

A los dos o tres días envió a un ministro a que viera la tela. Antes de que fuese, el rey le contó las excelencias que la tela tenía. El ministro fue, pero cuando vio a los pícaros hacer que tejían y les oyó describir la tela y decir que el rey la había visto, pensó que él no la veía por no ser hijo de quien tenía por padre y que si los demás lo sabían quedaría deshonrado. Por eso empezó a alabar su trabajo tanto o más que el rey.

Al volver el ministro al rey diciéndole que la había visto y haciéndole las mayores ponderaciones¹⁰² de la tela, se confirmó el rey en su desdicha, pensando que si su ministro la veía y él no, no podía dudar de que no era hijo del rey a quien había heredado. Entonces comenzó a

¹⁰⁰ pícaros: gentes expertas en el robo.

¹⁰¹ cámara: en este contexto se refiere a la sala principal. ¹⁰² ponderaciones: alabanzas, elogios.

ponderar aún más la calidad y excelencia de aquella tela y a alabar a los que tales cosas sabían hacer.

Al día siguiente envió el rey a otro ministro y sucedió lo mismo. ¿Qué más os diré? De esta manera y por el temor a la deshonra fueron engañados el rey y los demás habitantes de aquel país, sin que ninguno se atreviera a decir que no veía la tela. Así pasó la cosa adelante hasta que llegó una de las mayores fiestas del año. Todos le dijeron al rey que debía vestirse de aquella tela el día de la fiesta. Los pícaros le trajeron el paño envuelto en una sábana dándole a entender que se lo entregaban, después de lo cual preguntaron al rey qué deseaba que le hiciesen con él. El rey les dijo el traje que quería. Ellos le tomaron medidas e hicieron como si cortaran la tela, que después coserían.

Cuando llegó el día de la fiesta vinieron al rey con la tela cortada y cosida. Hiciéronle creer que le ponían el traje y que le alisaban los pliegues. De este modo el rey se persuadió de que estaba vestido, sin atreverse a decir que no veía la tela. Vestido de este modo, es decir, desnudo, montó a caballo para andar por la ciudad. Tuvo la suerte de que fuera verano, con lo que no corrió el riesgo de enfriarse. Todas las gentes que lo miraban y que sabían que el que no veía la tela era por no ser hijo de su padre, pensando que los otros sí la veían, se guardaban muy bien de decirlo por el temor de quedar deshonrados. Por esto todo el mundo ocultaba el que creía que era su secreto. Hasta que un negro, palafrenero¹⁰³ del rey, que no tenía honra que conservar, se acercó y le dijo:

—Señor, a mí lo mismo me da que me tengáis por hijo del padre que creí ser tal o por hijo de otro; por eso os digo que yo soy ciego o vos vais desnudo.

El rey empezó a insultarle, diciéndole que por ser hijo de mala madre no veía la tela. Cuando lo dijo el negro, otro que lo oyó se atrevió a repetirlo, y así lo fueron diciendo, hasta que el rey y todos los demás perdieron el miedo a la verdad y entendieron la burla que les habían hecho. Fueron a buscar a los tres pícaros y no los hallaron, pues se habían ido con lo que le habían estafado al rey por medio de este engaño.

Vos, señor conde Lucanor, pues ese hombre os pide que ocultéis a vuestros más leales consejeros lo que él os dice, estad seguro de que os quiere engañar, pues debéis comprender que, si apenas os conoce, no tiene más motivos para desear vuestro provecho que los que con vos han vivido y han recibido muchos beneficios de vuestra mano, y por ello deben procurar vuestro bien y servicio.

El conde tuvo este consejo por bueno, obró según él y le fue muy bien. Viendo don Juan que este cuento era bueno, lo hizo poner en este libro y escribió unos versos que dicen así:

Al que te aconseja encubrirte de tus amigos
le es más grato el engaño que los hijos.

¹⁰³ *palafrenero*: criado que lleva el freno del caballo.

La respuesta que dio el conde Fernán González a sus gentes después de vencer la batalla de Hacinas

Una vez venía el conde de la guerra muy cansado, pobre y maltrecho; antes de haber podido descansar le llegó la noticia de que comenzaba una nueva guerra. Los más de los suyos le aconsejaron que descansara un poco y que después hiciera lo que le pareciera más conveniente. El conde le pidió consejo a Patronio, quien le dijo:

—Señor, para que podáis hacer lo más conveniente, me gustaría mucho que supierais lo que respondió una vez a sus vasallos el conde Fernán González.

El conde le preguntó qué les había dicho.

—Señor conde —le contestó Patronio—, cuando el conde Fernán González venció en Hacinas al rey Almanzor, murieron en la batalla muchos de los suyos; él y la mayoría de los supervivientes quedaron muy mal heridos; antes de haberse curado se enteró el conde de que el rey de Navarra entraba por su tierra y mandó a los suyos que se prepararan para combatir a los nava-

rros. Todos los suyos le dijeron que tenían muy cansados los caballos, que ellos también lo estaban y que, aunque por esto no lo aplazara, lo debía aplazar porque él y todos los demás estaban mal heridos, por lo cual convenía esperar hasta que se curaran.

Cuando el conde vio que tenían tan poquísimo ánimo, sintiendo más la vergüenza que el cansancio, les dijo a sus gentes:

—Amigos, por las heridas no lo dejemos, que las nuevas heridas que ahora nos darán nos harán olvidar las que recibimos en la otra batalla.

Al ver los suyos que no se dolía de su cuerpo por defender su condado y su honra, fueron tras él. Venció el conde y se cubrió de gloria.

Vos, señor conde Lucanor, si queréis defender vuestros señoríos, vuestra gente y vuestra honra, nunca sintáis el cansancio ni el peligro, mas obrad de manera que el trabajo presente os haga olvidar el trabajo pasado.

El conde tuvo este consejo por bueno, lo puso en práctica y le fue muy bien. Viendo don Juan que esta historia era muy buena, la hizo poner en este libro y escribió unos versos que dicen así:

La honra y el descanso no hacen juntos morada;
esto tened por cierto, que es verdad probada.

Lo que sucedió a un hombre que iba cargado de piedras preciosas y se ahogó en un río

Un día dijo el conde a Patronio que tenía muchas ganas de quedarse en un sitio en el que le habían de dar mucho dinero, lo que le suponía un beneficio grande, pero que tenía mucho miedo de que, si se quedaba, correría peligro su vida; por lo cual le rogaba que le aconsejara qué debía hacer.

—Señor conde —respondió Patronio—, para que hagáis lo que yo creo que os conviene más, me gustaría que supierais lo que sucedió a un hombre que llevaba encima grandes riquezas y cruzaba un río.

El conde le preguntó qué le había sucedido.

—Señor conde —dijo Patronio—, un hombre llevaba auestas una gran cantidad de piedras preciosas; tantas eran que pesaban mucho. Sucedió que tuvo que pasar un río y como llevaba una carga tan grande se hundía mucho más que si no la llevara; al llegar a la mitad del río se empezó a hundir aún más. Un hombre que estaba en la

orilla le comenzó entonces a dar voces y a decirle que si no soltaba aquella carga se ahogaría. Aquel majadero no se dio cuenta de que, si se ahogaba, perdería las riquezas junto con la vida, y si las soltaba, perderías las riquezas, pero no la vida. Por no perder las piedras preciosas que traía consigo no quiso soltarlas y murió en el río.

A vos, señor conde Lucanor, aunque no dudo que os vendría muy bien recibir el dinero y cualquier otra cosa que os quieran dar, os aconsejo que si hay peligro en quedaros allí no lo hagáis por afán de riquezas. También os aconsejo que nunca aventuréis vuestra vida sino en defensa de vuestra honra o por alguna cosa a que estéis obligado, pues el que poco se precia y arriesga su vida por codicia o frivolidad es aquel que no aspira a hacer grandes cosas; por el contrario, el que se precia mucho ha de obrar de modo que le precien también los otros, ya que el hombre no espreciado porque él se precie, sino por hacer obras que le ganen la estimación de los demás. Convenceos de que el hombre que vale precia mucho su vida y no la arriesga por codicia o pequeña ocasión; pero en lo que verdaderamente debe aventurarse nadie la arriesgará de tan buena gana ni tan pronto como el que mucho vale y se precia mucho.

Al conde gustó mucho la moraleja,¹⁰⁴ obró según ella y le fue muy bien. Viendo don Juan que este cuento era bueno, lo hizo poner en este libro y escribió unos versos que dicen así:

A quien por codicia la vida aventura,
las más de las veces el bien poco dura.

Lo que sucedió al que se hizo amigo y vasallo del demonio

Una vez el conde Lucanor hablaba con Patronio, su consejero, y díjole así:

—Patronio, un hombre me dice que sabe, por medio de agüeros y brujerías, lo que ha de pasar, y que si yo quisiera me podré aprovechar de su ciencia en beneficio mío; pero yo temo caer en pecado. Por la confianza que tengo en vos, os ruego me digáis lo que os parezca que deba hacer.

—Señor conde —dijo Patronio—, para que hagáis lo más conveniente me gustaría que supierais lo que le pasó con el demonio a un hombre.

El conde le pidió que se lo contara.

—Señor conde —dijo Patronio—, un hombre que había sido muy rico se quedó tan pobre que no tenía qué comer. Como no hay en el mundo mayor desgracia que el infortunio para el que siempre ha sido dichoso, aquel hombre, que de tanta prosperidad había venido a tanta desventura, estaba muy triste. Un día que iba solo por

un monte, muy afligido y muy preocupado, se encontró con el demonio. Como éste sabe todo lo que ha pasado, sabía por qué aquel hombre estaba tan triste; a pesar de ello, le preguntó la causa de su tristeza. Él le contestó que para qué iba a decírselo, ya que no podía ponerle remedio. Replicóle el demonio que si él quería obedecerle le remediaría y que, para que viera que lo podía hacer, le diría en qué venía pensando y por qué estaba triste. Entonces le contó su propia historia y le dijo el motivo de su tristeza, como quien muy bien lo sabía. Díjole también que, si quisiera hacer lo que él le dijese, le sacaría de miseria y le haría más rico que nunca había sido ninguno de su linaje,¹⁰⁵ pues era el demonio y lo podía hacer. Cuando el hombre le oyó decir que era el demonio tuvo mucho miedo, pero por la aflicción y penuria en que se encontraba le respondió que, si le volvía a hacer rico, haría lo que quisiese.

Tened presente que el diablo busca el momento más a propósito para engañarnos: cuando está el hombre en mucha estrechez o mucho abatimiento, o muy acuciado por el temor o el deseo de algo, consigue de él todo lo que quiere; por eso buscó el modo de engañar a este hombre al verle afligido.

Entonces hicieron un convenio, y el hombre se declaró su vasallo. Hecho esto, le dijo el demonio que de allí en adelante fuera a robar, pues nunca encontraría puerta ni casa tan bien cerrada que él no se la abriera, y que si por casualidad se viese en algún peligro o le llevaran a la cárcel, no tenía más que llamarle diciendo: «Socorred-

me, don Martín», para que él viniera inmediatamente a librarle de aquel peligro. Después de lo cual se separaron.

El hombre se dirigió, cuando vino la noche, a casa de un mercader, pues los que quieren hacer mal aborrecen la luz; al llegar a la puerta se la abrió el demonio, que hizo lo mismo con las arcas, de modo que pudo coger una gran cantidad de dinero. Al día siguiente hizo un robo muy grande, y después otro, hasta que fue tan rico que ya no se acordaba de la miseria que había pasado. El desgraciado, no satisfecho con haber salido de pobreza, siguió robando. Tanto robó, que acabó por ser preso. En cuanto le prendieron, llamó a don Martín. Don Martín llegó muy de prisa y le libró en seguida. Al ver el hombre que don Martín cumplía su palabra, volvió a robar, y tanto robó que llegó a ser muy rico.

En uno de estos robos fue otra vez preso, y llamó a don Martín, que no vino tan de prisa como él quisiera. Los jueces del lugar donde había robado habían ya empezado a hacer sus pesquisas. Cuando llegó don Martín, el hombre le dijo:

—¡Ah, don Martín, cuánto miedo he pasado! ¿Por qué no habéis venido antes?

Contestóle don Martín que estaba ocupado con un asunto muy urgente y que por eso se había retrasado. Inmediatamente le sacó de la cárcel.

El hombre volvió a robar. Al cabo de muchos robos fue de nuevo preso y, hecha por los jueces la indagación, fue condenado. Dada la sentencia, vino don Martín y le puso en la calle. Viendo que don Martín siempre le libraba, siguió robando. Otra vez fue preso y llamó a don Martín, pero éste no vino hasta que ya había sido conde-

nado a muerte. Recurrió don Martín en alzada¹⁰⁶ al rey y de este modo volvió a librarle.

Siguió robando, fue otra vez preso y llamó a don Martín, pero cuando vino estaba el hombre al pie de la horca. Al verle le dijo:

—¡Ah, don Martín, que esto no era broma! No sabéis el miedo que he pasado.

Don Martín le dijo que le traía quinientos maravedíes en una escarcela,¹⁰⁷ que se los diese al juez y que de esta manera quedaría libre. El juez había dado ya la orden de que le ahorcasen y estaban buscando cuerda para ello. Mientras la buscaban, llegó el hombre al juez y le dio la escarcela. Creyendo el juez que le había dado mucho dinero, dijo a las gentes que estaban allí:

—Amigos, ¿quién vio nunca que no hubiera sogas para ahorcar a un hombre? Yo creo que éste es inocente y que, como Dios no quiere que muera, falta la soga. Esperemos hasta mañana y veámoslo con más detención, que si es culpable, tiempo nos queda para hacer justicia.

Esto decía el juez para librarle por el dinero que creía le había dado; pero cuando se apartó y miró la escarcela, en lugar de dinero halló dentro una soga. Inmediatamente le mandó ahorcar. Echándole el verdugo el dogal¹⁰⁸ al cuello, le pidió a don Martín que le socorriera. Replicó don Martín que él siempre ayudaba a sus amigos hasta ponerlos en un trance así. De este modo perdió aquel hombre la vida y el alma por creer y fiarse del demonio.

¹⁰⁶ *en alzada*: en apelación. ¹⁰⁷ *escarcela*: bolsa que se llevaba antiguamente colgada de la cintura. ¹⁰⁸ *dogal*: cuerda utilizada para ahorcar a los reos.

Podéis estar cierto que nunca nadie se fió de él que no terminara de mala manera; fijaos en todos los que creen en agüeros o echan suertes, en los adivinos, en los que hacen círculos¹⁰⁹ o encantamientos o cualquier otra cosa de éstas y veréis que siempre acaban mal. Si no me creéis, acordaos de Álvar Núñez y de Garcilaso, que tanto confiaron en agüeros y brujerías,¹¹⁰ y de cuál fue su fin.

Vos, señor conde, si queréis vivir bien y salvar el alma, confiad mucho en Dios, ponéd en él toda vuestra esperanza y esforzaos cuanto pudiereis por conseguir lo que os convenga, que Dios os ayudará; pero no creáis ni os fiéis de agüeros ni tentéis a Dios, que éste es uno de los pecados que a Dios más ofenden y con los que el hombre más se aparta de Él.

El conde tuvo por muy bueno este consejo que Patroanio le daba, obró según él y le fue muy bien. Como don Juan viera que este cuento era muy bueno, lo hizo poner en este libro y escribió unos versos que dicen así:

*El que en Dios no pone su confianza
tendrá muy mala muerte; sufrirá malandanzas.*

¹⁰⁹ *hacen círculos*: manera de protegerse de los malos augurios. ¹¹⁰ *agüeros y brujerías*: prácticas de adivinación empleadas en la antigüedad.

